

subido el encono contra la Religion : la generacion presente por su mismo honor trataria de desmentirnos si no tuviese á la vista tantos documentos incontestables del ateismo reducido á sistema, de la impiedad á principios, de la irreligion á reglas, y la misma obscenidad convertida en arte. La decencia, el pundonor, la conciencia misma no permiten formar el diccionario de las impiedades, blasfemias, herejias, burlas sacrilegas, sarcasmos escandalosos, calumnias altamente impías, suposiciones irreligiosas, y tantas otras abominaciones cuantas pudo sugerirles el émulo de la divinidad. La creacion de cielos y tierra, el origen primordial de los hombres, su civilizacion y Religion, su primer crimen, la pena transcendental á todos sus descendientes, el diluvio universal, las promesas de Dios á los Patriarcas, sus visiones á los Profetas, la libertad del pueblo judío, el paso milagroso del mar Bermejo, la historia, los preceptos, la moral, las profecías, los libros canónicos del antiguo Testamento, todo se ha negado á la vez, todo se ha ridiculizado.

El Evangelio, tantas veces puesto en el crisol de la razon humana, y otras tantas victorioso de toda clase de enemigos, ha sufrido una contradiccion al parecer inconcebible por el hombre : los asombrosos misterios de un Dios hombre, su nacimiento de una Madre Virgen, sus leyes, sus preceptos, sus máximas, sus ejemplos, sus milagros, su muerte afrentosa de Cruz, y su Resurreccion, todo ha servido de juguete, de mofa y escarnio á la impiedad, á la filosofia de nuestros dias. La Ley evangélica, su propagacion prodigiosa, la conversion del mundo, que puede con razon llamarse el *Milagro permanente* de la Religion católica, la ruina de las supersticiones paganas, el establecimiento de la Iglesia, los Mártires, los milagros, Sacramentos, gerarquía, disciplina, todo ha caido bajo la guadaña destructora del ridiculo impio, y de la mas

insulsa, pero á todas luces la mas sacrilega critica. El hombre mismo ha sufrido, ha experimentado todo el lleno de degradacion : el hombre, imágen viva de su Hacedor, se ha visto asociado al número de las bestias : su alma se ha hecho mortal, sus esperanzas y su fin como el de aquellas; su voluntad la única ley : la bondad y honestidad de sus acciones la opinion de los hombres, y la diversidad de climas : su felicidad el placer y el deleite : su estado natural silvestre : su conservacion, propagacion y deberes en el mismo órden. Para complemento, para llenar las medidas de la impiedad, se hacia indispensable desquiciar la piedra angular del edificio : *pusieron su boca en el Cielo y dijeron : No hay Dios*. Tal es el catecismo abreviado de la incredulidad, y tales los artículos del Símbolo de los áteos.

Sin embargo, ¿quién lo creyera? muchos Españoles, degenerando de sus progenitores y del suelo católico en que habian nacido, han suscrito á las mayores extravagancias de la impiedad, y aun se han declarado sus decididos apologistas. En prueba de esta tan dolorosa verdad bastaria leer los folletos publicados en los años de nuestras desventuras, y formar un índice de los monstruosos abortos de la impiedad francesa en los años de sus extravíos, *traducidos, glosados, adicionados*, aplaudidos y propagados por nuestros mismos compatriotas. Entre estos han circulado por todas partes el *Citador*, el *nuevo Citador*, las *Ruinas de Palmira*, la *Moral Universal*, muchos de los folletos vaciados en el molde del Barón de Holbach y socios en la impiedad, las obras de Voltáire, de Maquiavelo, Rousseau, Diderot y d'Alembert : entre los Españoles el *Diccionario crítico burlesco* de Gallardo, la *Triple Alianza* adoptada por Megía, los *folletos* de Bernabeu, los *Diálogos Argelinos* de Blanco, los *tres Enmascarados* contra el celibato eclesiástico, la *Inquisicion sin más-*

cara, las obras de Llorente, de Toreno, de Villanueva, de . . . un comercio escandaloso de estas impiedades ha circulado por todas nuestras provincias, ciudades, villas y aldeas : en todas las clases, en todos los estados y sexos han hecho sus conquistas, y adquirido un gran número de prosélitos ; y si es verdad que unas mismas causas en igualdad de circunstancias siempre producen los mismos efectos, no sería aventurar nuestro juicio, despues de una experiencia tan deplorable, copiar el informe del Conde de Passeran, testigo nada sospechoso á los impios, sobre el influjo de los principios irreligiosos en ciertas clases del Estado : sin embargo no tratamos de atraernos ni aun por medios indirectos la odiosidad, y si de presentar á la vista de todos los Españoles los males incalculables de los libros é ideas irreligiosas sembradas en nuestra España.

Esta ha sido la mas fatal desgracia, la mayor de todas las pérdidas para la católica, para la religiosa España. A pesar de esta gloria tan poco conocida de otras naciones, la España ha sufrido y ve con el mayor dolor el extravio de un gran número de sus hijos : una llaga de tan difícil curacion debe llenar de amargura á todo español. Sin Religion no hay vinculos, no hay union, no hay ni puede haber relaciones del hombre consigo mismo, con sus semejantes, con la sociedad, ni con el mismo Dios. Es pues de una absoluta necesidad retrogradar en las ideas, y volver al mismo punto en que nos desviamos del respeto, de la veneracion, del amor, de la práctica de las máximas religiosas heredadas de nuestros padres, si queremos recuperar el honor, la gloria, la paz, la abundancia, el verdadero carácter español.

La religion tiene un derecho de preferencia en los Españoles : genio, índole, carácter, propensiones, leyes, usos y costumbres todo respira un aire religioso : á su sombra hemos sido felices : con su brazo

fuerte nos ha salvado de los mismos escollos en que han naufragado otras Naciones católicas : cuando hemos militado bajo sus banderas, el triunfo y victoria nos han seguido por todos los ángulos de la tierra ; y por mas que los émulos de las glorias de España traten de obscurecerlas, jamás podrán aventurar su opinion, ni menos negar, que los Españoles han extendido el imperio de la Religion hasta el mismo punto donde han llevado sus conquistas, y es casi el circulo de la tierra ; y lo que en nuestro concepto es aun mas digno de consideracion, que esta firmeza religiosa de los Españoles ha sido una contrabarrera á la incredulidad de unas naciones, á la irreligion de otras, y acaso la salvacion de todas : el catolicismo de los Españoles (asi habla M. Clausel de Consergues despues del naufragio religioso de la Francia) ha salvado del naufragio á la Francia, la Alemania, la Prusia, la Rusia y hasta la misma Inglaterra : los mismos Franceses, rivales eternos de nuestras glorias, obligados y como violentados de los hechos innegables de que han sido testigos oculares, nos han hecho justicia en esta ocasion ; é imitando nuestra conducta religiosa, han dado una lección práctica á todas las Naciones, volviendo á religar el hilo de la Religion en el mismo punto en que una revolución, á todo aspecto impia, lo habia cortado : sus mayores ingenios se han puesto al frente de la Religion, se han declarado sus mas decididos apologistas, y con su pluma han detenido, ó para expresarlo como es en sí, han obligado á retroceder el impetuoso torrente de la irreligion : la Francia misma, como asombrada de su letargo religioso, ha levantado su cabeza orgullosa, y mirando con horror los frutos de la impiedad, ha vuelto presurosa á la fe de sus padres, y descansa tranquila en los brazos de la Religion : los nombres de Chateaubriand, Bonald, Maistre, La Mennais, Frayssinous y otros resonarán en los siglos venideros

con el entusiasmo que justamente se han merecido sus obras en defensa de la Religion y de los tronos; y no dudamos asegurar que han demostrado hasta la evidencia dos verdades del mayor mérito, la *necesidad* de la Religion católica para la *felicidad* de las *naciones*, y que la *práctica de sus máximas* es el *verdadero barómetro* que señala el grado de felicidad de los Estados; y aun podríamos añadir otra digna del hombre reflexivo, que si bien aparece algun astro irregular en esta materia, es un verdadero fósforo que debe desaparecer con la misma velocidad que se ha formado.

La España, mas feliz en esta parte que otras naciones, no ha llegado al término fatal de sus desgracias. Nuestros Augustos Soberanos y una inmensa mayoría de la Nacion siempre han caminado bajo la égida de la Religion católica, han detestado esos folletos tenebrosos: la sola sospecha de perder su religion ha puesto en movimiento todos sus resortes, y no ha dudado sacrificar en su defensa sus intereses, su reposo, su tranquilidad, todo lo mas amable: nos lamentamos si de los muchos prosélitos que ha reunido la impiedad en los interregnos de nuestro Augusto y Católico Monarca. La fatalidad de los sucesos, las arterias de los Masones, la siempre osada impudencia de la impiedad los vino á colocar en el gobierno; ó mas bien prevalidos de estos manejos irreligiosos, se erigieron en Legisladores de una nacion que cifra su mejor divisa en su catolicismo; y al mismo tiempo que extendian sus conquistas contra el trono de nuestros Soberanos, las preparaban y urdian contra la Religion á expensas de un sinnúmero de folletos anti-religiosos é impíos. Con ellos fascinaban á los incautos, y á los que por sus extravíos é inmoralidad se hallaban dispuestos á sacudir el yugo paternal de nuestros Monarcas, y los deberes de la Religion.

Esta dolorosa apostasia de muchos de nuestros compatriotas es, y debe ser, la que llame toda la atencion de un Gobierno Católico, y de todos aquellos que por sus luces y talentos puedan cooperar á la felicidad de sus conciudadanos; y si, como es indudable, los libros irreligiosos han pervertido su juicio, han cambiado sus ideas, y han sido el origen de sus extravíos, presentémosles un verdadero antídoto, las obras mas luminosas y mas sólidas de Religion, aquellas que reúnan en sí el doble atractivo de instruir y deleitar; aquellas que siendo acomodadas á la capacidad de toda clase de lectores hagan aparecer en toda su belleza la verdad de una Religion toda divina. En su defensa debemos seguir los pasos, la táctica artificiosa de sus enemigos: estos, sin otras armas que un estilo florido, unas frases sonoras, unos períodos recortados, han logrado seducir á los talentos superficiales, y toda esa nube de semisabios, hombres en verdad susceptibles de ideas tan inconsecuentes como impropias á un talento sólido: por lo mismo es de nuestro deber presentarles las verdades de la Religion en todo su esplendor y con toda dignidad. El error y la mentira siempre han mendigado los adornos y atavíos, y por un medio tan rastrero han logrado no pocas veces ocupar el solio de la verdad: esta, sin necesidad de ajenos coloridos, con un aire sencillo aunque majestuoso, con el brillo que comunica al alma, y con la luz con que hiera los ojos del entendimiento, se ha hecho amable en todos tiempos, en todas épocas á hombre reflexivo.

Sin embargo, como hay verdades amargas para el corazon, la delicadeza de nuestro siglo exige como de justicia que se le presente la verdad con todos los atractivos, con todas las bellezas de una elocuencia penetrante y persuasiva, pero sin degradarla. En tiempos mas felices la verdad desnuda de todo fo-

llaje postizo se hacia amable por si misma : en nuestros desgraciados dias apenas llama la atencion; aun cuando se nos presente revestida de una elocuencia patética de un estilo fino, y de aquellas expresiones favoritas al genio y gusto de nuestro siglo : tanta es sin duda nuestra degradacion.

La fuerza de esta verdad es la que ha enriquecido á las Naciones de obras maestras en esta clase; y como por una consecuencia natural la misma tierra que aborta los errores produce los apologistas de la verdad, la Francia, la Italia, la Holanda y otras naciones nos suministran pruebas nada equívocas de esta verdad; y esta misma nos demuestra la causa de la escasez de esta clase de obras en nuestra España. Pocos años ha que los nombres de Rousseau, Voltaire, etc. los oíamos en el mismo sentido que las noticias de la China ó del Gran Mogol : las ideas confusas que se nos daban de sus errores y extravagancias religiosas, eran miradas por los Españoles á sangre fria; sin duda descansábamos de buena fe en la bondad de nuestra causa, y en los fundamentos indestructibles de nuestra adorable Religion : nos parecian sueños los proyectos avanzados de aquellos incrédulos, y por lo mismo que atacaban de frente y por los costados la Religion; la indiferencia y el desprecio característico de los Españoles ocupó el lugar debido á la impugnacion de tamaños errores para preservar á nuestros compatriotas. No faltó, es verdad, quien previendo las funestas consecuencias que hemos experimentado se presentó en la palestra, y dió la señal de alarma á los Españoles (el P. Ceballos); pero nuestra confianza, siempre perjudicial por excesiva, y la sagacidad de los ya iniciados en las tramas antisociales é irreligiosas, impidieron el feliz resultado. La experiencia debe hacernos cautos : al influjo de estos pestilentes folletos hemos visto trastornados los Tronos, prófuga la Religion en unas naciones, desplomados sus

fundamentos en otras, y socabados sus cimientos en todas : lo repetiremos con entusiasmo : las profundas raices de la religiosidad española, nos han salvado del naufragio, á pesar de haber experimentado los violentos y repetidos ataques de la impiedad, y á pesar de muchos Españoles degenerados que han suscrito á sus planes, á sus ideas, á sus ataques, y de no pocos que han ensangrentado sus plumas contra la misma Religion, en cuyo seno habian sido educados.

Esta dolorosa confesion de nuestra apatia nacional nos presenta un doble motivo de interés para la empresa que hemos tomado á nuestro cargo : proporcionar un feliz desengaño á los Españoles seducidos, y un preservativo eficaz á los incautos, tal es el plan que nos hemos propuesto en beneficio de nuestros compatriotas : las obras mas selectas de los siglos XVIII y XIX formarán esta preciosa coleccion : ellas han sido parto feliz de los mayores talentos de la Europa, hijas de mayores y mas tristes circunstancias, y vaciadas en el molde del genio, del gusto de la presente, y aun de las generaciones venideras. No puede dudarse que cada siglo lo tiene diverso, y los apologistas de los primeros siglos, los de la edad media y la presente han tratado de hallar el secreto de refutar los errores en el idioma mas universal y mas bien recibido, y con las expresiones mas análogas al convencimiento y á la persuasion.

Si tratásemos de acumular erudicion, acaso ninguna otra verdad podria proporcionarnos la gloria de ocupar muchas páginas, y con notoria utilidad de cierta clase de lectores : con solo abrir la historia de la Iglesia, dar una rápida ojeada sobre el mapa de los errores y extravios del hombre, y colocar á su frente los campeones de la fe. sus mas sobresalientes apologistas, manifestariamos de un solo golpe de vista el triunfo de la Religion en Justino é Ireneo,

Melito Sardiario, Atenágoras, Clemente Alejandrino, Tertuliano, Orígenes, Jerónimo, Agustino y todos los de la edad media, en cuyo número no podemos menos de colocar al gran Tomás de Aquino en su obra clásica contra los errores de los gentiles y árabes de su tiempo: errores que han reproducido los impíos de nuestro siglo bajo de diversas formas y figuras; pero que analizados por los mayores ingenios de los dos últimos siglos, han patentizado y manifestado á todo hombre reflexivo los poquitos progresos de los incrédulos, y aun estos únicamente aparecen como talentos de perspectiva, de adornos sobrepuestos, pero de ninguna solidez.

Mas para oprobio eterno de la incredulidad y de sus propagadores bastan los nombres de Huetio, Valsechi, Gotti, Bergier, Nonote, Pey, Feller en el siglo XVIII, y los de La Mennais, Frayssinous, Chateaubriand, Maistre y Bonald en el XIX: en nuestra misma España se leen con aplauso el *Preservativo* contra la irreligion, y las *Apologías* del trono y del altar de Velez, la *Pastoral* de los Obispos refugiados en Mallorca, las Cartas del *Rancio*, las dos impugnaciones del *Citador*, la *Coleccion Eclesiástica*, el *Dominio Sagrado* de Inguanzo, y otras varias obritas que impugnan los errores de Llorente, Villanueva y otros; y si bien no podemos menos de confesar que los extranjeros nos aventajan en la delicadeza de la expresion, y en la cultura del estilo, con igual satisfaccion decimos que la solidez de los conceptos y la rectitud del juicio están por los Españoles.

Por lo mismo, el mayor obsequio que podemos hacer á nuestros compatriotas es proporcionarles una *Biblioteca* selecta de Religion, en la que reunidas las obras de mérito conocido por la solidez de sus principios, por la fuerza de sus raciocinios, por la fluidez y elegancia del estilo, y por el nervio de la elocuencia, hija de la verdad y madre del convencimiento, pue-

dan instruirse en los fundamentos de la verdadera y por lo tanto única Religion, comparar la sublimidad de sus verdades con los extravíos y errores del hombre incrédulo, y pesar en la balanza de un juicio libre de preocupaciones los incontrastables motivos de su credibilidad. En este mapa del Cristianismo trazado por los primeros talentos del siglo, se manifiestan las verdades mas interesantes, se ven rebatidos los errores, desenmarañados los sofismas de los incrédulos, convertidas las calumnias contra los mismos agresores, cubiertos de oprobio los impíos, y la Religion triunfante.

El hombre religioso al fijar su vista en estas brillantes apologias de su Religion, como que se engrie al verse superior á esos tan decantados genios de la incredulidad, y compadecido de tamaños extravíos de sus semejantes, en su misma degradacion aprende á adorar sus incomprensibles misterios, y á respetar unas verdades que forman su mayor gloria y todo el cúmulo de sus esperanzas. Tal es el fruto de la lectura de estas obras luminosas, en las que la Religion, en vez de cubrir con un velo sus misterios, como nos improperan sus enemigos, aparece en todo su esplendor, les presenta unas verdades que, si bien son amargas á un corazon corrompido, tarde ó temprano las verán cumplidas los mismos que ahora se mofan de ellas.

No dudamos asegurar que los verdaderos católicos, los seducidos por los malos libros, los incrédulos por sistema, y aun los mismos indiferentes en materia de Religion, último grado á que puede llegar una razon extraviada, hallarán en esta *Biblioteca* luz abundantísima para conocer el precipicio á que se han dejado arrastrar, desengaños á sus preocupaciones, punto seguro donde fijar su inconstancia, centro donde descansar despues de tantas y tan irregulares revoluciones de ideas, norte adonde dirigir sus mas intere-

santes especulaciones, y medios los mas poderosos para hacerlas útiles a la sociedad y a sí mismos.

Los editores, siempre constantes en sus ideas, proclaman á la faz de toda la España la sinceridad de sus deseos: no ambicionan empleos, no calculan sobre intereses, ni sus especulaciones tienden á otro objeto que á cooperar al bien de sus compatriotas: conocen el deplorable estado de la literatura española, y no menos el gusto dominante de nuestro siglo: hay hombres sabios, no puede negarse: nosotros conocemos á unos, y otros se han dado á conocer al público por sus escritos llenos de ideas sólidas; pero que reducidos á este pequeño círculo, parece miran con desden los adornos y cultura del estilo, y sea efecto de la educacion ó genialidad española, el resultado es que chocan de frente con el gusto del siglo, y sus obras se hallan cubiertas de polvo en las librerías, cuando por la solidez y exactitud de sus ideas son dignas de mejor suerte: la experiencia debería desengañarnos: los triunfos que han conseguido los enemigos de la Religion han sido fruto del estilo florido y seductor con que han vestido sus folletos. ; Cuántas ventajas podria conseguir la Religion si al profundo estudio de sus verdades reuniésemos el buen gusto! ; Cuántos de los hombres sabios que han tomado la pluma en nuestros días habrian excusado el humillante desprecio que por su falta de gusto, por su desaliño, se ven obligados á sufrir al ver que no hay quien pase la vista por sus opúsculos! No podemos menos de aplicar á este asunto las palabras de Jesucristo: *Filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis sunt.*

ENSAYO

SOBRE

LA INDIFERENCIA

EN MATERIA

DE RELIGION,

POR EL ABATE DE LA MENNAIS.

Impius cum in profundum venerit... contemnit
PROV. XVIII, 3.

ADVERTENCIA.

Deseando los editores merecer la confianza de los sabios en la eleccion de las obras que tratamos de publicar¹, hemos fijado la consideracion en el primer tomo del Ensayo de la Indiferencia en materia de la Religion, obra de F. de la Mennais, uno de los primeros sabios de la Europa, y oráculo de la Religion Católica, Apostólica, Romana en el presente siglo. No es posible leer este primer tomo sin ser poseido de la admiracion al contemplar la energía, la vehemencia con que presenta el inminente peligro en que se hallan las Naciones á consecuencia de los errores de estos últimos tiempos, la delicadeza y solidez con que descubre el funesto origen de estos extravíos religiosos, la claridad con que señala los pasos por donde la Europa ha llegado al borde del precipicio, la precision con que ha sabido concentrar las arterias y amaños de que se han valido los enemigos de la Religion para desacreditarla, la viveza inimitable con que pinta el término fatal, el caos á que caminan con la mayor rapidez los gobiernos protectores de estas doctrinas antisociales é irreligiosas, el abismo á que les conduce la Indiferencia en orden á la Religion, vicio característico de nuestro siglo, aunque poco conocido, pero que es una verdadera

¹ S. M. (que Dios guarde) por su Real decreto de 10 de mayo de este año de 1826, encarga al Eminentísimo Señor Cardenal Arzobispo de Toledo don Pedro Inguanzo y Rivero, nombre tres Eclesiásticos que, en union de los dos editores, formen una Junta de Censura, y de eleccion de materias y obras. Los nombrados por su Eminencia son el Doctor don Serapio Serrano, Arcediano de Trancos, y Ayo del Serenísimo Señor Infante don Sebastian, el Reverendísimo Padre Fr. Clemente Barbagero, ex-General del orden de San Bernardo, y el Reverendísimo Padre Fr. Miguel de Godos, ex-General del orden de San Benito.

tisis de las Naciones que las consume, y sin otra esperanza de remedio que la Religión misma á quien atrocemente persiguen, y en fin, aquel estilo sostenido, aquella elocuencia encantadora con que alhaga, arrastra el corazón y convence al entendimiento, todos son unos justos títulos para que los sabios y los menos instruidos reciban con gusto la primera muestra de nuestros trabajos; y para que no se crea que en estos primeros rasgos tiene parte la exageracion, presentamos á nuestros lectores el elogio y analisis que M. Genoude, célebre por sus traducciones de los libros de Job, Isaias y los Salmos, hizo de esta obra, y nos prometemos será del agrado de cuantos lo lean: dice así:

« Aparecieron en el último siglo unos hombres dotados en grado eminente del talento de seducir, ansiosos de gloria á cualquier precio, y que escogieron la destruccion como medio para llegar á ella; sedientos de dominacion, devorados por un espíritu inquieto de desorden; tales, en fin, cuales nunca dejan de aparecer cuando el cielo quiere descargar sobre los pueblos algun castigo grande. » Las naciones no viven sino por las creencias. Las impugnaron todas, é hicieron la guerra en todas partes al depósito de la verdad confiado á la sociedad. Metafísica, política, poesía, novelas, la literatura toda formó una conspiracion impía. Fué ridiculizado el Cristianismo, y el mundo moral estuvo cercano á sucumbir. Pero aquel que ha dicho á las olas del mar *hasta aquí llegaréis, y no pasaréis mas adelante*, ha señalado al error y á las pasiones humanas un término que no pueden traspasar. Del mismo exceso del mal sale el remedio; y en este caso se ve obrar aquella gran ley de conservacion, que sin violentar la libertad del hombre le detiene en el borde del abismo que él mismo se habia abierto. La Francia, extraviada por los sofistas, fué abandonada á sí misma, y la verdad no reinó mas en ella.

» Gobernaron la Francia ateistas, y en el espacio de algunos meses amontonaron en ella mas ruinas que un ejército de tártaros habria podido dejar en toda Europa á los diez años de invasion. Jamás desde el principio del mundo fué dado al hombre tal poder para destruir... Se redujo á sistema la muerte hasta en las pequeñas poblaciones; y acabando con decretos lo que se habia comenzado con puñales, fueron exterminadas clases enteras de ciudadanos. Entre tanto el odio al orden, considerándose demasiado estrecho en este vasto teatro de destruccion, rompió sus barreras y fué á amenazar á todos los soberanos de Europa sobre sus mismos tronos. Tuvo el ateismo sus apóstoles, y la anarquía sus *seides*¹. La Francia cubierta de ruinas presentaba la imágen de un inmenso cementerio cuando . . . ; cosa espantosa! hé aquí que en medio de estas ruinas las cabezas mismas del desorden, sobrecogidas de un terror repentino, retroceden asombradas, como si el espectro de la nada se les hubiese aparecido. Su orgullo cae por tierra de improviso, conociendo que una fuerza irresistible les arrastra á ellos mismos al sepulcro. Vencidos por el terror proclaman precipitadamente la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma, y puestos de pié sobre el cadáver palpitante de la sociedad, llaman á grandes gritos al Dios que solo puede reanimarla. »

Pero el odio á la Religión católica se conservó todavía en los corazones. Se seguía proscribiendo á los ministros de su culto; solo se habia renunciado al ateismo y la anarquía. Entonces aparecieron la *Teoría del poder político y religioso, la legislación primitiva y el divorcio*. Quedaron descarnados los fundamentos de la sociedad; y M. de Bonald leyó en ellos

¹ *Seide*, asesino y parricida en la tragedia de Voltaire, intitulada: *El Fanatismo*.